

LA SABIDURÍA DE KAFKA

Por: Héctor Ceballos Garibay

La producción literaria de Kafka constituye uno de los documentos artísticos más ilustrativos y contundentes de que, en efecto, existe un *saber novelístico*. En el caso del autor checo ello es así, primero, por la enorme riqueza de significados filosóficos, religiosos, políticos y estéticos que sugiere su obra y, segundo, porque ella conforma al mismo tiempo tanto una profética anticipación del universo totalitario y disciplinario tan característico de la centuria pasada, como una lúcida radiografía de esa "jaula de hierro" en que se ha convertido el mundo tecnoburocrático que prolifera en la actualidad. Desde esta perspectiva, los cuentos, novelas, diarios y cartas de Kafka son un emblema y un epítome de la sociedad contemporánea.

Nadie mejor que Max Weber ha explicado, utilizando la sociología, la condición bicéfala de la estructura burocrática moderna: ser, por un lado, un aparato administrativo legal y racional que favorece el desempeño técnico, expedito y eficiente de los funcionarios, y representar, por el otro, una maquinaria anónima y disciplinaria que ahoga la creatividad y la libertad de los individuos. Asimismo, nadie mejor que Kafka nos ha hecho sentir y conocer, a través de su obra literaria, la enajenación y deshumanización del hombre sometido a ese mecanismo laberíntico que, de tan especializado, gigantesco y jerarquizado, se ha vuelto un monstruo asfixiante y absurdo.

Max Weber (1864-1920) y Franz Kafka (1883-1924), escritores coetáneos y súbditos de la monarquía guillermina y del imperio austro-húngaro, respectivamente, fueron testigos del proceso que llevó a la liquidación de la vieja

burocracia patrimonialista prevaleciente en la sociedad feudal y a su reemplazo por el nuevo poder legal-burocrático prototípico del mundo moderno capitalista. Ambos autores vivieron la crisis y el derrumbe de los regímenes absolutistas al finalizar la Gran Guerra en 1918, y los dos advirtieron la enorme importancia económica de los novísimos sistemas de reglamentación y explotación del trabajo asalariado (el taylorismo y el fordismo). Kafka, debe recordarse, padeció la deshumanización burocrática cuando fue empleado en el Departamento Técnico del Instituto de Seguros de Praga, experiencia que, además, lo puso en contacto con las inicuas condiciones laborales que enfrentaban los obreros.

Por medio de iluminadoras parábolas literarias, Kafka nos lleva a la comprensión de la forma como las instituciones sociales, habiendo sido creadas por y para el servicio de los individuos, pronto desembocaron en la gestación de multitud de cárceles del alma que coartan y disciplinan la conducta de los hombres, convirtiéndolos en simples engranajes de esa aplastante maquinaria anónima y colectiva que es la sociedad moderna. Así, por ejemplo, en *El proceso* se describen las tortuosas preguntas y las muchas angustias que atormentan a Joseph K..., su incertidumbre y confusión ante una acusación y un juicio ininteligibles que lo someten a un círculo infernal de enigmas y absurdos. Sorpresiva y reveladoramente, el proceso desemboca tanto en el reconocimiento por parte de K. de todas sus culpas, reales o ficticias, conscientes e inconscientes, como en la aceptación resignada de su condena.

El argumento de *El proceso* se presta para una interesante reflexión ético-filosófica: en la medida en que somos hijos de la moral cristiana, sustentada como bien lo sabía Nietzsche en la permanente auto inculpación y el resentimiento, los sujetos de la sociedad occidental cargamos con el pesado fardo de una *mala*

conciencia saturada de "pecados" cotidianos. Debido a ello cabe hacer la pregunta, ¿de cuál de todos esos pecados nos vamos a sentir tan culpables como para que, cuando el destino nos ponga un traspies, terminemos de hinojos invocando el castigo?

Y si la trama de *El proceso* nos conduce a consideraciones sociológicas, axiológicas y metafísicas sobre el círculo dostoievskiano de crimen-pecado-culpa-condena, el argumento de *El castillo* apunta hacia la degradación psicológica de las personas, víctimas de un laberinto burocrático compuesto de infinitos corredores, caminos tortuosos y expedientes que se multiplican hasta el absurdo. Los esfuerzos inútiles del personaje al intentar superar los obstáculos, las confusiones, los malentendidos y los papeleos que a la postre le impiden asumir su puesto como agrimensor del castillo, conforman una alegoría literaria sobre el enfrentamiento que ocurre en las sociedades contemporáneas entre, por un lado, el individuo aislado e inerme y, por el otro, el poder omnímodo y omnipotente emanado de las instituciones sociales. De este modo nos topamos con una involución civilizatoria: la eficacia del aparato burocrático moderno, percibida a través de los ojos hipercríticos de Kafka, se transforma al final en una maquinaria opresiva y enajenante que devora la más férrea voluntad de creatividad personal.

Además de captar con precisión quirúrgica la difícil y contradictoria relación de los seres humanos con sus respectivas comunidades, Kafka también nos brinda una mirada lúcida y profunda sobre el carácter absurdo y hasta grotesco inherente a nuestra condición de sujetos sociales. Asuntos tales como la concatenación lógica de las acciones humanas y la supuesta racionalidad de los actos cotidianos, vistos al trasluz de su obra, se revelan como una serie infinita de normas, convenciones, inercias y tradiciones culturales que se le inculcan a los individuos a través de la

familia, la escuela, los medios de comunicación y los aparatos ideológicos del Estado. Detrás de ese montaje fastuoso de apariencias, hipocresías y ficciones sociales se esconde una "muchedumbre solitaria" integrada por vidas individuales vacías y banales, endebles y falibles.

Una de las características del mundo moderno, se trate de gobiernos democráticos o dictatoriales, es la importancia decisiva que adquiere la compleja red estructural de normas disciplinarias a fin de generar la obediencia de la gente. El conjunto de los espacios de poder institucional se pone al servicio de la "normopatía"; el objetivo consiste en manipular y mediatizar las conciencias, convertir a los individuos en seres "normales", conformes y bien adaptados a su sociedad, capaces de identificarse entre sí por los mismos pensamientos, sentimientos y gustos. Al sustentarse en paradigmas tales como el orden, la eficiencia, la productividad, la salud, la belleza y el progreso, la sociedad tecnoburocrática excluye y discrimina a todos aquellos que, como los personajes del escritor checo, encarnan la figura de los individuos marginales, atípicos, solitarios, débiles, enfermizos y extravagantes, seres que jamás podrán adaptarse al modo de vida establecido.

Franz Kafka, quien fue un escritor judío, de lengua alemana, praguense de nacimiento, súbdito del imperio austriaco, intelectual independiente y hombre celoso de su intimidad, conoció en carne propia la sensación lacerante de la *otredad*: el reconocerse como diferente de los demás, excluido de su ámbito vital, estigmatizado e incomprendido incluso por aquellas personas a las cuales él más quería.

En *La metamorfosis*, Kafka no se limita a recrear el sometimiento absoluto del individuo a la sociedad; su pequeña obra maestra constituye, también, una de las

críticas más radicales de la sociedad disciplinaria capitalista. La transmutación de Gregorio Samsa en un horripilante insecto, justo cuando tiene la obligación de levantarse, vestirse y salir rumbo al trabajo, podría parecer una imagen literaria muy obvia, pero en realidad, dada su compleja y múltiple significación sociológica, da pie a una metáfora de gran calado. Así entonces, el tránsito de ser humano a insecto puede interpretarse de muy distintas formas. Veamos tres posibilidades: 1- Al convertirse en escarabajo, Gregorio Samsa se rebela en contra del orden disciplinario que le ha sido impuesto; bajo su nueva apariencia ya nadie está en condiciones de exigirle, reprocharle o culpabilizarlo por no cumplir con sus sacrosantas obligaciones. 2- La transmutación del personaje en un horripilante coleóptero hace referencia a una realidad cotidiana de la sociedad tecnoburocrática: los seres improductivos, marginales y anormales, tales como Gregorio Samsa, son y siempre serán considerados igual que si fueran insectos nocivos y nauseabundos. 3- No obstante sus evidentes diferencias morfológicas, existe una identidad esencial entre los hombres-insecto que actúan como engranajes de la maquinaria burocrática-disciplinaria y los *insectos reales* que llevan a cabo de manera instintiva y jerarquizada su vida colectiva: la dócil obediencia al mandato de las instituciones, en un caso, y de la naturaleza, en el otro. En este sentido, la metamorfosis de Gregorio Samsa no es otra cosa que la desgarradora toma de conciencia individual de su condición de *hombre-insecto*.

La obra de Kafka, y en ello coinciden autores como George Steiner, Elías Canetti, Milan Kundera y Claudio Magris, constituye la más sabia y emblemática producción literaria del siglo XX. No sólo porque en ella se ofrece una preclara anticipación del mundo totalitario que ha sido uno de los capítulos más oprobiosos de nuestra época; sino porque, además, ella representa la más perceptiva y

profunda crítica de la deshumanización que sufre el individuo en la actual sociedad tecnoburocrática moderna, sea capitalista o socialista. Gracias al *universo kafkiano* hemos podido intuir, sentir, concebir, imaginar y entender lo que en concreto significan ciertas palabras esenciales al discurrir cotidiano: poder, culpa, desasosiego, soledad, exclusión, desprecio, fracaso, absurdo, insensatez y abyección. Una vez que se han leído los textos de Kafka se vuelven más inteligibles, aunque no por ello justificables, algunos de los más nefastos sucesos históricos de nuestra "era de la angustia": los campos de concentración estalinistas, el holocausto hitleriano, la hecatombe atómica en Hiroshima y Nagasaki, la caza de brujas macartista, el genocidio perpetrado por Pol Pot en Camboya, las matanzas étnicas en la ex Yugoslavia y en Ruanda.

Además de la certera crítica al mundo tecnoburocrático actual, asimismo debe reivindicarse la reflexión del escritor checo en torno del "exilio interior" del ser humano, una disquisición que aborda su papel insignificante frente a la vastedad del mundo, su siempre amenazada intimidad, su perenne soledad y su inevitable desencanto ante la fatalidad de la muerte. Gracias a la sabiduría kafkiana, a su lúcida y profética mirada, es verdad que podemos arribar a una mejor *comprensión* de los otros y de nosotros mismos.